

EL PROYECTOR DE ALMAS

En Bolívar, el viejo Cine Avenida era más que un lugar de entretenimiento, era un santuario. Sus viejas butacas habían presenciado las lágrimas y las risas de generaciones enteras. Sin embargo, a la sombra de la pantalla grande, se ocultaba un secreto tan antiguo como el propio cine.

Don Antonio era un hombre enigmático, con una mirada profunda y una sonrisa que rara vez mostraba. Llevaba décadas proyectando películas, y se decía que conocía cada fotograma de cada rollo. Los niños del pueblo lo veían como una figura casi mágica tras la luz del proyector, un guardián de otros mundos.

Una tarde, mientras ordenaba el cuarto de proyección, Antonio se topó con un rollo de película que no recordaba haber visto nunca. Era una lata oxidada, con una etiqueta desgastada y una inscripción ilegible. Intrigado, la colocó en el proyector y encendió la máquina.

En la pantalla comenzó a proyectarse una imagen borrosa y granulada. Al principio, parecía una película antigua y experimental. Sin embargo, a medida que avanzaban los minutos, la imagen se volvió más clara, más vibrante. Era un documental, pero no uno cualquiera. Documentaba la historia de Bolívar desde sus orígenes, mostrando imágenes nunca antes vistas de calles, personas y acontecimientos.

Antonio quedó fascinado. La película revelaba secretos que se habían mantenido ocultos durante años. Hablaba de viejos pobladores que habían habitado la ciudad, especialmente algunos que con sorpresa reconoció: Los ligados a sus afectos.

A medida que avanzaba la proyección, notaba que esa vieja lata guardaba más que una simple película, era una llave que abría las puertas del pasado, especialmente al suyo.

Esa noche, mientras el pueblo dormía, Antonio decidió investigar más a fondo y equipado con una linterna, se adentró en las profundidades del cine. Exploró cada rincón buscando pistas sobre el origen de la lata y su misterioso contenido. Atrapada entre carpetas y viejos programas encontró una libreta de tapas negras, llena de anotaciones crípticas junto a extraños dibujos.

Era una especie de diario que perteneció al primer proyectista del cine, un hombre que había vivido hace casi un siglo.

Pronto encontró un párrafo que describía cómo había hallado la lata, perdida bajo decenas de carteles de películas. Conociendo su contenido y convencido de que la película era obra del diablo, sin dar explicaciones, la había vuelto a esconder sin decir dónde, temeroso de las consecuencias que pudiera acarrear si revelaba su existencia.

Antonio comprendió entonces que ese rollo de película era un oculto y misterioso legado. Era una prueba de que el cine podría pasar a ser un lugar especial, con una historia mucho más rica y compleja de lo que se creía.

Luego de meditarlo, decidió compartir su descubrimiento organizando una función especial invitando a todos los vecinos. Cuando la película comenzó, Antonio tenía mucho interés en observar cómo reaccionaba el público. Con sorpresa veía que lo hacían de manera muy diferente: algunos quedaban absortos, con sus rostros inmóviles al borde del llanto, otros reían y se los veía disfrutar de las imágenes.

Al final de la proyección, Antonio pudo escuchar sus comentarios. Agradecían con entusiasmo el haber visto imágenes de sus vidas y la emoción que sintieron al revivir esos momentos.

Mientras continuaban los saludos y observaba que las historias narradas eran todas diferentes, su estupor fue creciendo. Nada de lo que él había visto cuando secretamente lo proyectó, se parecía a lo que los espectadores le comentaban: Todos parecían hablar de películas distintas.

Pronto comprendió el secreto que encerraba esa vieja cinta: una oportunidad única, que cualquier mortal desearía experimentar al menos una vez en la vida. La posibilidad de ver reflejada en la pantalla del cine su propia vida, rememorando y reviviendo sus momentos más entrañables.

En ese templo pagano en el que el cine se había convertido, asistió con asombro a ese maravilloso milagro. Cada espectador, desde su butaca, había presenciado la historia única de su vida, proyectada en la pantalla grande.

Como un imán, la vieja cinta había atrapados los recuerdos de los que por mucho tiempo pasaron por el "Avenida", sus tristezas y alegrías habían quedado atesoradas en esa serpentina llena de historias, y ahora se las devolvía con la magia de la pantalla gigante.

Los recuerdos y vivencias no se habían perdido, habían encontrado su lugar.

Un día, Antonio se fue sin dejar rastro, y su descubrimiento se había convertido en un misterio. Sin embargo, su leyenda perduró, dejándonos una reflexión: el cine es un espejo donde podemos ver reflejados nuestros sueños, miedos y esperanzas. Es un lugar donde el pasado y el presente se entrelazan, y donde la magia cobra vida en la pantalla grande.

Quizás, en cada cine del mundo, existan latas como esta, guardando los secretos de nuestras vidas y esperando ser descubiertas.

Seudónimo: Zambrano